



VNIVERSITAT DE VALÈNCIA

Investidura como Doctor "Honoris
Causa" por la Universitat de València a
Sir John Huxtable Elliot

Laudatio

Valencia, 12 noviembre de 1998

LAUDATIO DEL PROFESOR SIR JOHN H. ELLIOTT

Rafael Benítez Sánchez-Blanco

Magnífico y excelentísimo Sr. Rector.

Ilmas. Autoridades.

Queridos compañeros.

Señoras y señores.

Al asumir el encargo del Departamento de Historia Moderna de pronunciar la *laudatio* del Prof. John H. Elliott, no he podido alejar de mi mente la impresión que me produjo, hace unos treinta años, la lectura de su obra *La España Imperial*. Como toda emoción es difícil de expresar y transmitir, y más cuando han cambiado tanto las circunstancias históricas. Para alguien que a fines de los años sesenta comenzaba a aproximarse al estudio de la Historia, aquellas páginas descubrían un nuevo mundo, situado, no más allá de los océanos, sino bajo sus propios pies. La Historia de España que había aprendido en la escuela y en el bachillerato era, a un tiempo, triunfante y agónica. Le habían enseñado que con el matrimonio de los Reyes Católicos surgía no sólo una España unida, sino uniforme y centralizada, sobre cuyo imperio pronto no se pondría el sol. El triunfalismo se veía oscurecido, no obstante, por una casi inmediata decadencia en la que los territorios y las batallas se iban perdiendo sin remedio.

La lectura de la obra del Prof. Elliott nos mostraba -a los de mi generación- que la España Imperial era un conglomerado de reinos y territorios vinculados por un orden constitucional que respetaba las particularidades de sus integrantes; un orden sometido, como cualquier organismo vivo, y más si se trata de una sociedad, a agudas tensiones. Las más graves eran las que enfrentaban un

modelo centralista castellano, que era el que interesaba a la Monarquía de los Austrias por las facilidades que ofrecía en el avance hacia el absolutismo para movilizar hombres y dinero, con la resistencia de los reinos periféricos a seguir esa misma senda. Comprendimos, al tiempo, el enorme coste que el imperialismo de los Habsburgo tuvo para la sociedad castellana primero, y para el resto de los españoles después. Nos adentramos en las tensiones sociales y en las luchas de partidos que subyacían detrás de la política imperial.

Para los de mi generación, la visión que el libro del profesor Elliott nos presentaba de la España de los Austrias corroboraba las enseñanzas que estábamos recibiendo en las aulas de la calle de la Nave de boca del profesor Reglá, y que leíamos en las páginas que sobre la *España Moderna* había escrito en el que conocíamos como “manual de la Teide”; es decir, en la hoy convertida en clásica *Introducción a la Historia de España* que venía firmada, en sus primeras ediciones, por Ubieto, Reglá y Jover, ilustres profesores de aquel claustro. Recuerdo, sin embargo, que lo que entonces me deslumbró de las lecciones del maestro Reglá era la búsqueda de una explicación global, de una visión totalizadora de la evolución histórica en la que trataba de aglutinar los diversos aspectos de la realidad y donde el estudio de la demografía y la economía se consideraban el punto de partida.

Perdonen este largo recorrido por la memoria; con él quería revivir para los que tenemos algunos años, y sugerir a las nuevas generaciones, cuál era la situación de la historiografía sobre la España de los siglos XVI y XVII a mediados de los años sesenta. La obra de aquellos maestros, entre los que el profesor Elliott ocupa un lugar principal, sirvió de guía y fijó un marco de referencia para

los trabajos de varias generaciones. Y no sólo eso; nos permitió enfrentarnos sin complejos al estudio de la España Imperial que presentaba, en aquel momento, connotaciones negativas. *Imperial Spain, -La España Imperial-* no dejaba de ser un libro de síntesis para estudiantes británicos y americanos que quisieran introducirse en la historia de España. No constituía la investigación principal de su autor. Esta se ha centrado en la España de Felipe IV y del Conde-Duque de Olivares. Su tesis, defendida en la Universidad de Cambridge en 1955, publicada en 1963, traducida al catalán en 1966 y al castellano en 1977, versó sobre *La Rebelión de los Catalanes, 1598-1640*. Se enfrentaba al gran problema, planteado por Merriman a finales de los años treinta, de la existencia de un momento revolucionario en los años centrales del siglo XVII, la coincidencia en el tiempo de seis revoluciones contemporáneas que conmocionaron Europa.

Su tesis ha pasado a los manuales y es de dominio común: el agotamiento de Castilla forzó al Conde-Duque de Olivares a intentar modificar el orden constitucional establecido por los Reyes Católicos y mantenido por Carlos V, Felipe II y Felipe III. Necesitaba hombres y dinero para restablecer y, a ser posible, incrementar la *reputación* de la dinastía por medio de la guerra, y para ello dirigió sus exigencias a los territorios de la Corona de Aragón. Animaba a Felipe IV a convertirse en Rey de España. En el memorial al Rey de fines de 1624 lo exponía claramente:

el negocio más importante de su Monarquía [es] el hacerse Rey de España; quiero decir, Señor, que no se contente Vuestra Majestad en ser Rey de Portugal, de Aragón, de Valencia, Conde de Barcelona, sino que trabaje y piense, con consejo mudado y secreto, por

reducir estos reinos de que se compone España, al estilo y leyes de Castilla sin ninguna diferencia, que si Vuestra Mejestad lo alcanza, será el Principe más poderoso del mundo.

El resultado es conocido: el día del Corpus de 1640 *els segadors* entraron en Barcelona y al cabo de unas horas el Virrey, que encarnaba la figura del Monarca, murió apuñalado, a lo que siguió una larga guerra en la que Cataluña se separó de la Monarquía Hispánica para pasar a depender de la francesa, y finalmente, doce años más tarde, tras la rendición de Barcelona, fue restaurada como parte de la Monarquía, y Felipe IV prometió respetar las constituciones del Principado.

No es el lugar para exponer toda la riqueza de ideas y matices que contiene, en sus 500 páginas, *La rebelión de los catalanes*. Lo que quería destacar, de éstas y de otras de sus investigaciones sobre la España de la decadencia, y en particular de sus trabajos sobre el Conde-Duque de Olivares, es la importancia dada a un cúmulo de factores cuyo entrecruzamiento produce ese fluir confuso que es la historia, y a la que los historiadores, y en ello el profesor Elliott es maestro, tratamos de dar sentido. Factores como los diferentes intereses de clase, la personalidad de los dirigentes, y el mismo azar, se entremezclan y producen resultados que no están determinados *a priori*. En un ejemplar trabajo de historia comparada nos ha mostrado las vidas paralelas de *Richelieu* y *Olivares* y nos ha prevenido para que no caigamos en el error de creer que el resultado final de su enfrentamiento, el éxito del uno y el fracaso de otro, estaban escritos de antemano: "Si Richelieu consiguió su triunfo por un pelo -escribe-, el margen por el que fue derrotado Olivares no fue por menos". La historia podía muy bien

haberse escrito de otra manera, y yo veo en ello un mensaje de esperanza, pero al mismo tiempo de llamada a la responsabilidad de todos, y más que nada a la de aquellos que toman las decisiones en nombre de todos.

La investigación histórica sobre la España de los Austrias debe mucho a las ideas expuestas por el profesor Elliott. La atención a las tensiones generadas entre el centro y la periferia y al problema del gobierno de las diversas provincias del Imperio; los estudios sobre los diversos grupos de poder en la Corte y en los diferentes territorios que han ocupado la atención de los historiadores, y continúan haciéndolo, siguen caminos marcados por *La rebelión de los catalanes*. Incluso la reciente historiografía que se ocupa del gobierno de Castilla y que insiste en la oposición interna a la política de los Habsburgo, que revisa la idea de la docilidad castellana, es deudora, aunque sea de forma crítica, de su obra.

Tenemos otra deuda con él. La de quitarnos el complejo, o el falso orgullo, de ser diferentes. El profesor Elliott añadió como subtítulo a su tesis: *un estudio sobre la decadencia de España*. Sus trabajos han mostrado como los problemas que afectaron a España fueron semejantes a los de otros estados europeos durante la discutida crisis del siglo XVII, y gracias sus aportaciones el estudio de la historia de España estuvo presente en los debates que el tema suscitó en los años sesenta y setenta. Además, John H. Elliott ha sido el instigador, desde su cátedra de la Universidad de Cambridge, y después en Princeton y en Oxford, de una fundamental serie de investigaciones sobre historia de España y de América, habiendo creado una escuela de historiadores británicos y americanos, en cuya nómina se incluyen figuras como Geoffrey Parker, Richard L. Kagan, James Casey, gracias a cuyos trabajos la

historia de la España de los Austrias ha recibido un nuevo empuje en temas como el ejército, las universidades, los letrados, la revolución de los Países Bajos, y una enorme proyección internacional, de la que es buen ejemplo el libro *Poder y sociedad en la España de los Austrias* que recoge las colaboraciones de éstos y otros autores en la prestigiosa revista *Past & Present*, en cuyo comité de redacción ha participado activamente. Muy especial mención requieren las investigaciones del último de los citados, el profesor James Casey, cuya obra *El Reino de Valencia en el siglo XVII* y sus numerosos artículos son fundamentales para el conocimiento de nuestro pasado.

Sin ánimo, ni posibilidad, de agotar sus méritos quiero citar un par de obras de síntesis e interpretación: *La Europa dividida, 1559-1598*, y *El viejo mundo y el nuevo, 1492-1650*. En la primera se enfrentó a la época de Felipe II, lo que es siempre un reto difícil después de *El Mediterráneo y el mundo mediterráneo* de Fernand Braudel. Es evidente que no se puede comparar la tesis doctoral en dos volúmenes del maestro francés, con un libro de síntesis, pero quería llamar la atención sobre la diferente estructuración del material. Es conocida la organización de *El Mediterráneo* de Braudel en tres partes definidas por diversos ritmos de tiempo: el tiempo geográfico dominado por la larga duración, casi inmovil; el tiempo social, lento, que mide el ritmo de vida de los destinos colectivos; el tiempo corto, precipitado, de los acontecimientos que rige las existencias individuales. Y en esta división tripartita es la larga duración la que tiene más poder explicativo, la que se impone al tiempo de los individuos. Elliott opta por organizar la materia desde la óptica de los artífices -y pacientes- de la historia, a quienes los problemas de toda índole y origen asaltan al mismo

tiempo y se dejan sentir de forma conjunta. Y de esta manera capta algo tan sutil como la sucesión de los momentos históricos, y tan difícil de expresar como lo que caracteriza cada coyuntura histórica.

En *El viejo mundo y el nuevo, 1492-1650*, se planteaba, no el impacto de Europa en América, sino el inverso: de qué forma el descubrimiento, la conquista, la colonización de América modificó la forma de entender el mundo, la economía y la política europeas. De esta pequeña gran obra quiero destacar los capítulos dedicados a las dificultades que los europeos tuvieron para asimilar lo nuevo, para insertar lo nunca visto en los esquemas mentales que utilizaban. Y cita una frase de Fernández de Oviedo que no me resisto a reproducir: *Esto que he dicho no se puede aprender en Salamanca, ni en Boloña, ni en París*. Y concluye el profesor Elliott:

La superioridad de la observación personal directa sobre la autoridad tradicional se comprobó repetidamente en el nuevo medio americano. Y cada nueva ocasión servía para quebrantar más esta autoridad.

La sensibilidad para captar los cambios en las circunstancias históricas, la primacía dada a la observación personal frente a la autoridad de las teorías son otras de las enseñanzas que nos ha transmitido. Pero debo acabar ya porque el prestigio del profesor J. H. Elliott no necesita enfatizarse; es miembro de destacadas academias, ha recibido numerosas condecoraciones y premios, entre ellos el premio Príncipe de Asturias de Ciencias Sociales correspondiente al año 1996.

Cuando el Departamento de Historia Moderna propuso su candidatura como doctor honoris causa por la Universitat de

València, no había saltado a la palestra el debate sobre la enseñanza de las humanidades y en particular de la historia, y muchos pensabamos que ésta era algo que no preocupaba en exceso a los políticos. Nos equivocabamos. Si hubieramos leído con atención habríamos retenido una frase de Olivares citada por Elliott: "Verdaderamente son muchos los descuidos que tenemos, y entre los demás no es el de menor consideración lo poco que se cuida la historia".

No se qué es peor, si el descuido o la excesiva atención. Lo que sí propondría, en estos momentos de crispación sobre la enseñanza de la historia de España, es la relectura de *La España imperial*, y recordar las palabras con que, en 1960, meses antes de su muerte, Vicens-Vives concluía el prólogo a la segunda edición de su *Aproximación a la historia de España*:

Es muy dudoso que España sea un enigma histórico, como opina Sánchez Albornoz, o un vivir desviviendose como afirma su antagonista [Américo Castro]. Demasiada angustia unamuniana para una comunidad mediterránea con problemas muy concretos, reducidos y "epocales": los de procurar un modesto pero digno pasar a sus -entonces- treinta millones de habitantes. [Problemas] que no están muy alejados de los que han experimentado otros países mediterráneos vecinos.

He dicho.